

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

la "maquinación jesuita" en la corriente esclavòfila del siglo XIX.

MEYER jean.

Cita:

MEYER jean (2013). *la "maquinación jesuita" en la corriente esclavòfila del siglo XIX. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/177>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

LA “MAQUINACIÓN JESUITA” EN EL IMAGINARIO RUSO

Jean Meyer, CIDE, México,

jean.meyer@cide.edu

Introducción

En 1888, se podía leer en el *Tserkovnyi Viestnik* un artículo firmado A. K. e intitulado “Novaia jezuitskaya machinatzia” (1888- 14, col. 277- 280). Denunciaba a Basil Livantsky, pseudónimo bajo el cual no se disimulaba muy bien el ruso católico Michel Zherbtsov, autor de un libro publicado en el mismo año, en Friburgo de Brisgau: *Protoprosviter Janychev i novyi doctrinalnyi krisis v russkoi tserkvi*. “La maquinación jesuita” que da su título a la ponencia aparece de manera recurrente bajo plumas rusas desde finales del siglo XVI, hasta nuestros días. En cada una de las grandes crisis históricas, el tema del complot tramado por los jesuitas se manifiesta: la embajada del jesuita italiano Antonio Possevino, en tiempos de Iván el Terrible (Meyer, 2003); la Unión de Brest en 1596 y el surgimiento de los greco- católicos, denunciados como “uniatas”; el Tiempo de los Disturbios con los “falsos Dimitri” y la presencia de los polacos en Moscú hasta 1613; la existencia de la Compañía de Jesús en el imperio de Catalina, Pablo y Alejandro, cuando Roma la había suprimido; el paso de rusos ortodoxos al “latinismo”, ejemplificado por el príncipe Iván Sergueiovich Gagarin, sacerdote y jesuita; el activismo de varios jesuitas en Rusia y la URSS, cuando la Revolución despierta en Roma la ilusión de la próxima catolicización de la Ortodoxia (1917-1929); un activismo semejante, con menos ilusiones, a partir de 1989, cada una de aquellas etapas de la historia de Rusia ha proporcionado elementos para que se perpetúe y adquiera una dimensión mítica el tema de la conspiración, del complot, de la “maquinación jesuita”.

En 1926 o 1927, la religiosa rusa y greco- católica Catalina Abrikosova, destinada a morir en la cárcel de Butyrki en 1936, podía escribir : “¿Se darán cuenta en Roma del espanto y de la repulsión que se siente aquí por los jesuitas? Es algo inexplicable, algo como un pánico... Su venida en Rusia será siempre considerada aquí como un gigantesco complot católico. Hay que entender muy bien la psicología de la actitud rusa frente a los jesuitas.” (Mailleux, 1966 : 101-102). En 1907, el católico francés Joseph Wilbois, instalado en Rusia, señalaba : “No olviden nunca que se ve al catolicismo romano como la religión polaca. Resulta que los polacos son más alejados de los rusos que los franceses de los alemanes... y la estatua de Minin y Pajarski sobre la Plaza Roja parece defender a Moscú contra las tropas enemigas y la fe extranjera.” (Wilbois, 1907 : 290- 291. Que Roma mande jesuitas polacas a Rusia, le parece una aberración. Diez años antes, el P. C. Tondini de Quarenghi había expuesto que la Unión perseguida por los misioneros católicos, muchas veces jesuitas, era “objeto de aversión y horror” en Rusia (Tondini, 1897: cap. VI). El espacio otorgado no permite cubrir todo el arco de tiempo mencionado. Dostoievski nos servirá de guía.

El ejército negro del papa romano

En octubre de 1873, en *el Diario del escritor*, Dostoyevski anuncia que “Roma va a entender que ha llegado el momento de acabar con los grandes de este mundo... el Papa sabrá salir al encuentro del pueblo, a pie y descalzo, pobre y desnudo, con su ejército de veinte mil jesuitas duchos para cautivar las almas.”(Dostoyevski, 1991: 232)

Para los rusos que designan al catolicismo como la “fe polaca”, ser ruso es ser ortodoxo; sin embargo en la nobleza, a lo largo del siglo XIX, se dan casos, ilegales por cierto, de paso de la Iglesia ortodoxa a la romana. La presencia de los jesuitas hasta 1820, los “*chers coquins*” de Catalina la Grande, la llegada de franceses huyendo de la Revolución contribuyen a lo que, si bien no es estadísticamente importante, no se olvida ni se perdona. Así, “descarrilada hacia la perversión católica”, posiblemente por Joseph De Maistre, “Madame” Sofia Petrovna Svechina tiene que salir de Rusia en 1815. Su salón parisiense se puede considerar como uno de los primeros focos del unionismo contemporáneo que sueña con la reunión de las iglesias; allí su sobrino político, el príncipe Iván Sergueievich Gagarin opta por el catolicismo en 1842. Su entrada con los jesuitas al año siguiente causó tremenda indignación en Rusia. Fue ordenado sacerdote en 1848, bajo el nombre de Jean-Xavier Gagarin. En 1856 fundó con sus compatriotas Iván M. Martynov S. J. y Evguenii Balabin S. J. la revista *Etudes*, que la Compañía de Jesús sigue publicando hasta la fecha; En 1858 creó la Obra Cirilo y Metodio para lanzar puentes entre ortodoxos y católicos. Ligados a este grupo, el conde Gregorio P. Shuvalov (1804-1859), los jesuitas Stepan S. Dzhunkovskii y Astromov, el P. Leontii Nikolai son otros tantos conversos rusos. Vladimir S. Pecherin, quien se convierte en Bélgica, en 1840, y se vuelve sacerdote barnabita, explica en su autoanálisis que si abrazó el catolicismo, “una de las múltiples razones era un miedo exagerado de Rusia, más bien de Nicolás”. (Suchanek, 1988: 364)

El zar no perdona al ex profesor de la Universidad de Moscú y castiga su “perversión católica” con la privación de la nacionalidad rusa y de todos sus derechos cívicos. Les pasa lo mismo a Gagarin y a los otros “traidores”. “Latinizar” es un crimen castigado por la ley, de la misma manera que convertirse al judaísmo o al Islam. Esos hombres quieren a su patria, pero no la aceptan como es. Pecherin es el único que piensa de otro modo y llega a decir en una de sus poesías: “*Que dulce es odiar a la patria / y esperar su pronta destrucción* (Nivat, 2009: 275).

Gagarin dice que no ha sido convertido por los jesuitas, sino que debe el principio de su cambio a Chaadaev. Turgueniev, quien lo visita en el noviciado de los jesuitas, apunta: “Él no tiene la culpa, la culpa es nuestra, es decir mía, y del metropolitano Filareto, de Muraviev y de la letargia en la cual se encuentra nuestra ortodoxia.”(Meyer, 2006: 283). El exiliado Alexander Herzen escribe: “Los protestantes que van al catolicismo, la verdad, creo que están locos...pero no puedo criticar a los rusos. Los rusos pueden ir al catolicismo por desesperanza, mientras no aparezca en Rusia el alba de una nueva época”(Suchanek, 1988: 371). Y también que Gagarin “huyó hacia el catolicismo para no sofocar” (Beshoner, 2002: 43)

Eso, Alexei Stepanovich Khomiakov(1804- 1860), Yuri Samarin, amigo íntimo de Ivan Gagarin, hasta su conversión, el conde Dimitri Tolstoi, autor de *Le catholicisme romain en Russie* (Paris 1863- 1864), y el gran Fiodor Dostoyevski no lo pueden entender ni admitir. Al principio de la crisis oriental que llevaría a la guerra de Crimea, se publicó en Paris la traducción del panfleto de Andrei Iván Muraviev, *Questions religieuses d’Orient et d’Occident. Parole de l’orthodoxie catholique au catholicisme romain*; el P.Gagarin S.J. le contestó de manera muy agresiva antes de que, a su vez, interviniera el eslavófilo Khomiakov: convencido de que Rusia, por ser ortodoxa, posee todo lo que necesita, quería limpiar su teología de todo latinismo: “La diferencia entre la Iglesia y las confesiones occidentales es tal que apenas si se puede encontrar un punto de acuerdo.”(Khomiakov, 1872: 46-47). No tenía palabras bastante duras para el cristianismo occidental, sea católico, sea protestante, afirmando que el catolicismo romano es “la única verdadera plaga de la humanidad”(Meyer, 2006: 302). Hay que decir que poco antes, con motivo de la guerra de Crimea, el arzobispo de Paris,

monseñor Sibour, había llamado a la “cruzada” contra la Rusia “cismática”: “La guerra que Francia le va a hacer a Rusia no es una guerra política sino una guerra santa; no es una guerra de Estado a Estado, de pueblo a pueblo, sino una guerra de religión”. En 1855, Khomiakov contestó con *A l’occasion d’un mandement de Monseigneur l’archevêque de Paris*, a lo dicho por el prelado: « La causa sagrada, la causa agradable a Dios, es la necesidad de rechazar el error de Focio, domarla, quebrarla con una nueva cruzada” (Khomiakov, 1872: 94-95). Luego Khomiakov publicó, en el mismo año *L’Eglise latine et le Protestantismo au point de vue de l’Eglise d’Orient*, una crítica muy dura del P. Gagarin S.J. y de los que intentaban “hacer pasar los papas por unos admiradores apasionados del culto griego.” El jesuita ruso le contestó indirectamente en un libro publicado en marzo de 1856, a la hora de la derrota rusa en Crimea, cuyo título provocador escandalizó a los ortodoxos: *La Russie sera-t-elle catholique?* En 1860 su ex amigo Yuri Samarin mandó cinco cartas contra los jesuitas al P. Iván Martynov S.J.

El *starets* Ambrosio de Optino, a quien Dostoyevski visitó en varias ocasiones y tomó como modelo para el *starets* Zósimo de su novela *Los hermanos Karamazov*, escribió:

Después de perturbar e indignar a la casi totalidad del universo, al perseguir intereses humanos por conducto de la Inquisición y las intrigas malignas de los jesuitas, los romanos siguen perturbando y ofendiendo a los ortodoxos en Turquía con sus misiones, que no se preocupan por convertir a los turcos a la fe cristiana sino que se emplean en desviar a los griegos y los búlgaros ortodoxos de su camino recto, por todo tipo de medios y artificios que no pueden ser agradables a Dios...¿Es razonable pretender la unión con estas personas?¿Hay que maravillarse del celo y de la abnegación aparentes de los misioneros latinos y de las hermanas de la caridad? No son más que lamentables héroes que no buscan convertir a Cristo, sino someter a los hombres a su Papa. (Meyer, 2006: 299)

Ni Khomiakov, ni Ambrosio son un fenómeno aislado; no son “un cometa caprichoso en el ciclo de los astros de la ortodoxia”. Tampoco Dostoyevski (1821-1881), que podemos considerar como su alumno. Veinte años después de la guerra de Crimea, en 1873, siente que el papa Pío IX sigue animado por el odio latino de monseñor Sibour contra la ortodoxia:

El tema de la conjura católica lo he tratado ya ampliamente...el quid de los acontecimientos actuales en toda Europa está en la conjura católica...¿De donde procede ese ánimo belicoso que raya en pasión y lleva al catolicismo incluso a defender a la *ortodoxa* Turquía contra la cismática Rusia?...Ni en Inglaterra, ni en Hungría existen hoy enemigos tan acérrimos de Rusia como estos belicosos clericales. No ya algún prelado, sino el Papa mismo ha hablado con alborozo del triunfo de los turcos y profetizado un porvenir pavoroso para Rusia. Ese anciano moribundo que todavía se llama jefe de la cristiandad no ha tenido reparo en confesar públicamente que las victorias de los turcos le producen siempre alegría. Tan tremendo odio resulta comprensible en cuanto se reconoce que el catolicismo romano está haciendo efectivamente la guerra...(Dostoyevski, 1991, b): 743-74

En septiembre de 1877, en su *Diario de un escritor*, los acontecimientos balcánicos le inspiran estas reflexiones: la guerra contra Turquía es por la verdadera cristiandad y Rusia, como el Cristo de las naciones, se sacrifica de manera desinteresada por los búlgaros, los serbios y todos los eslavos del Sur:

El camino empieza en Roma, y arranca del Vaticano, donde el anciano moribundo, el jefe de los jesuitas que lo rodean, hace ya mucho tiempo marcó ese derrotero. Al plantearse la cuestión de Oriente, comprendieron los jesuitas enseguida que había llegado el momento

propicio... Pero la parte esencial de la lucha consistirá en que con ella se resolverá el milenarismo problema católico, viniendo a ocupar su puesto, por voluntad de la providencia, el cristianismo oriental. (Dostoyevski, 1991,b): 751)

En marzo de 1876 trata de Roma, del papa y de sus jesuitas en “Fuerzas moribundas y fuerzas nacientes”:

¿Y no nos hemos llevado con el catolicismo las más increíbles sorpresas? De pronto, cuando le hizo falta, vendió a Cristo por los bienes terrenos y estableció el dogma de que “el cristianismo no puede subsistir sin el poder temporal del Papa”, creando así un nuevo Cristo, que ya no se parece nada al antiguo y que ha cedido a la tercera tentación demoníaca, la del poder mundano: “¡Todo esto te daré si me adoras!”... Es la resurrección de la antigua idea romana del imperio del mundo, que nunca morirá en el catolicismo romano... De esa suerte se ha consumado el trueque del verdadero Cristo por un imperio profano. Y en el catolicismo romano se cumple verdaderamente. (Dostoyevski, 1991 ,b): 349-350)

Por eso Dostoyevski puede hablar del “Cristo ruso”, ortodoxo, como el verdadero Cristo, y considerar que los rusos que pasan de la ortodoxia, de la única y verdadera Iglesia, a la confesión romana, la del Papa y de sus jesuitas, consumen una monstruosidad imperdonable y dejan de ser rusos. Shatov, en *Los demonios*, recuerda a Nikolai Stavroguin que “quien no es ruso ortodoxo no puede ser ruso.” El zar Nicolas II no había dicho otra cosa.

El príncipe Gagarin y el Idiota

En junio de 1876 , Dostoyevski recuerda con tristeza, en el *Diario de un escritor*, que los rusos en el extranjero se distinguen o por su liberalismo y su adhesión a las izquierdas y extremas izquierdas, o bien se convierten en unos conservadores europeos auténticos, al grado de convertirse al catolicismo. Los define como “los más consumados negadores de Rusia... destructores, enemigos de Rusia”.

Y así nos encontramos con dos tipos de ruso civilizado: el europeo Bielinskii, que al par que niega a Europa, se acredita de ruso en altísimo grado, y el auténtico noble ruso, príncipe de Gagarin, que luego de volverse europeo estimó necesario no sólo convertirse al catolicismo, sino hasta meterse a jesuita. ¿Cuál de los dos es el mayor enemigo de Rusia? ¿Cual de los dos se conservó más ruso?...no hay ruso alguno que se vuelve seriamente europeo como conserve aunque sólo fuere un pizca de ruso. (Dostoyevski, 1991, b): 420-421)

“El auténtico noble ruso”: efectivamente, Iván Gagarin (1814-1882), hijo de príncipe y de Barbara Pushkin, pertenecía a una de las mejores y más antiguas familias de Rusia, cuyo linaje remontaba a Riurik, por los príncipes de Starodub-Vladimirski. El jefe de los Gagarin (décima séptima generación después de Riurik) fue el príncipe Mijaíl “a” Gagara... Iván fue amigo de Piotr Chaadaev, Alexander Pushkin, Dolgorukov, Saltykov, Samarin, Volkonskii; hizo una carrera diplomática en Europa, entre 1833 y 1842 y su Diario cubre dichos años, hasta su entrada en la Iglesia católica: doble traición, a Rusia y a la verdadera Iglesia. En una carta a Maikov, Dostoyevski afirma que “quien pierde a su pueblo y a su espíritu nacional, pierde la fe de sus padres y a Dios... Toda la misión de Rusia se resume en la ortodoxia, en la luz que viene de Oriente.” (Meyer, 2006: 306). Por eso le perturba tanto el “renegado” Gagarin, que aparece en *El Idiota*, como Pavlischev. El príncipe Mishkin se horroriza al saber que su admirado Pavlischev “abrazó el catolicismo”.

¿No es aquel Pavlischev quien tuvo una historia singular?...con un abate...el abate...olvidé su nombre, pero eso hizo mucho ruido dijo el « dignitario », esforzándose para recordar.

El abad Gouraud, un jesuita, respondió Iván Petrovich. Sí, ¡ahí están nuestros hombres admirables y dignos de estima! Sin embargo Pavlischev tenía nacimiento y fortuna, era chambelán y...se hubiera mantenido en el servicio...pero de repente abandona sus funciones y todas sus relaciones para abrazar el catolicismo y hacerse jesuita. Lo hizo con entusiasmo y casi con espectáculo. Francamente murió a tiempo...sí, todo el mundo lo dijo entonces...

El príncipe no se aguantó más.

Pavlischev...Pavlischev ¿converso al catolicismo? ¡Imposible! Gritó en un tono de espanto.

...dijo el viejito en un tono importante; además esa gente tiene una manera de predicar que tiene tanta...elegancia, tanta personalidad...y saben asustar. Me asustaron, lo confieso. Fue en 1832, en Viena; pero no sucumbí, huí, ¡ha! ¡ha! Palabra de honor, tuve que huir.

Pavlischev era un hombre de claro ingenio y un verdadero cristiano – dijo de pronto el príncipe-. ¿Cómo podía aceptar una fe que no tiene nada de cristiana? El catolicismo –agregó con ojos chispeantes, mirando alrededor como si tratara de ofuscar a todos a la vez- no es más que una fe no cristiana.

-Bueno, eso ya es ir demasiado lejos- musitó el pequeño viejo, mirando sorprendido a Iván Fyodorovich. ¿Cómo puede ser el catolicismo una religión no cristiana?

- En primer lugar, es una religión no cristiana- dijo el príncipe de nuevo, con gran agitación y excesiva vehemencia-. Eso en primer lugar; en segundo lugar, el catolicismo romano es incluso peor que el ateísmo... ¡ésta es mi opinión! El ateísmo sólo predica la negación, pero el catolicismo va más allá; predica un Cristo deforme, un Cristo al que ha calumniado y difamado, ¡lo contrario de Cristo! ¡Predica el Anticristo, juro y aseguro que así lo hace!...no es ni siquiera una religión, sino claramente una continuación del Sacro Imperio Romano, y todo en él se supedita a esa idea, empezando por la fe misma... ¡No, señor, no! No es sólo una cuestión de teología, se lo aseguro. Nos afecta mucho más cerca de lo que usted supone...Es necesario que nuestro Cristo brille en oposición a las ideas venidas de Occidente, nuestro Cristo, conservado por nosotros y desconocido de ellos. Y hacerlo, sin caer pasivamente en el lazo que nos tienden los jesuitas. (Dostoyevski, 1996: 762-764)

En sus Apuntes, Dostoyevski escribe que Palischev es Gagarin y que el abad Gouraud es el jesuita De Ravignan quién tuvo un papel importante en la decisión del príncipe. En sus *Notebooks for the Possessed*, apunta que Gagarin “odia, no las condiciones en Rusia, sino al pueblo ruso”. Los jesuitas...En mayo-junio de 1877, Dostoyevski les dedica el párrafo IV en *El Diario del Escritor*, intitulado “El ejército negro.-La opinión de las legiones como nuevo elemento de civilización”. A propósito del *Kulturkampf* llevado por Bismarck contra la Iglesia católica, profetiza que “este ejército negro declarará sencillamente la guerra a Alemania en el momento crítico”. Imagina a los jesuitas manipulando a Francia contra Alemania: “Sabén que de vencer Francia, serán los dueños de todo y podrán enquistarse allí para siempre”.

Pero los jesuitas revolucionarios no proceden de un modo legal, sino desusado. Este ejército negro está fuera de la Humanidad, fuera de la civilización y se gobierna a él solo. Es un *status un statu*, es el ejército del Papa que sólo ansia el triunfo de su idea...aunque se hunda todo lo demás, si se atraviesa en su camino; aunque perezca todo lo que no esté con él: ¡cultura, humanidad, ciencia! De fijo que aspiran a fundir de nuevo a Francia en un molde nuevo y definitivo...para luego darle una Constitución nueva que haya de estar siempre bajo la tutela jesuítica. (Dostoyevski, 1991, b): 686-688)

En septiembre de 1877, trata otra vez del *Kulturkampf* y dice que Roma prepara una contra ofensiva para que Bismarck no reduzca al Papa de soberano universal a mero patriarca europeo. Como la cuestión de Oriente se atraviesa justo en aquel momento, teme que el Papa y su ejército negro se aprovechen de la crisis : “Y aunque Europa

entera haya de anegarse en torrentes de sangre...¿qué importa? En cambio, triunfará el Papa...lo que para el romano vicario de Cristo es todo.” Otra vez el tema de la conjura católica. (Dostoyevski, 1991b): 745). En octubre del mismo año, le dedica el capítulo III de su crónica a “Los clericales romanos en Rusia” y denuncia la “inclinación de los polacos hacia los turcos y su secreto anhelo de agravar la situación de Rusia mediante la agitación revolucionaria.” Considera “chocante” y “odiosa” esa actuación de “cierto partido que desde el interior de Rusia” trabaja de acuerdo con los enemigos de Rusia. “Hay no pocos elementos romanoclericales que se ocultan bajo distintos ropajes. Hoy ya está enterado y escribe todo el mundo de la conjura clerical mundial...la conspiración vaticanista.” La noticia de la candidatura del cardenal Ledochovski, “que, naturalmente, es polaco”, para la sede pontificia le parece confirmar la existencia de “la conjura clerical”: “luego de elegido Papa, sólo se preocuparía de la existencia de su Polonia”. (Dostoyevski, 1991, b): 770-781)

En noviembre de 1877 desarrolla la idea de que los herejes latinos son peores que los paganos porque Roma “falsea a Cristo”. “El catolicismo vendió a Cristo al bendecir a los jesuitas y aprobar su máxima de que el fin justifica los medios. Toda la doctrina cristiana la ha empleado exclusivamente en la adquisición de bienes terrenales y el logro de la soberanía del mundo.”(Dostoyevski, 1991, b): 805) En su última obra, *Los hermanos Karamazov*, los jesuitas siguen presentes, aún cuando el Gran Inquisidor de la leyenda escrita por Iván no es un discípulo de Ignacio de Loyola. Tanto el P. Dirscherl S.J. como Fülöp- Miller subrayan que el inquisidor tiene todas las características del jesuita arquetípico de Dostoyevski. Por eso Fülöp- Miller no duda en decir que el escritor es “el mayor enemigo que haya surgido contra la Sociedad de Jesús desde Pascal...porque consideraba a los jesuitas como los representantes más importantes del espíritu católico, hombres que por su sabiduría mundana, su hábil dialéctica y sistema ético fueron los primeros en dar armas espirituales a la sed católica de poder” (Dirscherl, 1986: 121). En *Los hermanos Karamazov*, el autor da forma al material acumulado durante los siete años del *Diario*, sobre el tema del catolicismo y del jesuitismo. Así Iván publica un artículo muy comentado sobre la Iglesia y el Estado en el cual afirma que Roma ha dejado de ser una Iglesia, al convertirse en Estado hace mil años: “No es simplemente ultramontanismo, ¡es archiultramontanismo! ¡Más allá de los sueños del Papa Gregorio VIII!”(Dostoyevski, 1991 a): 931) Y el Padre Paisii de comentar: “Eso es Roma y sus sueños. Esa es la tentación del tercer diablo”. Ese diálogo, en el cual Dostoyevski ordena su visión de la Iglesia católica, es, de cierta manera, el prelude al “poema” del Gran Inquisidor (Dostoyevski, 1991, a): 1066-1080).

Aliosha reacciona con emoción a lo que dice el Inquisidor, a saber que han tomado la espada de César para asumir el poder sobre toda la tierra: “Eso es aplicable a Roma, y aun así, no a toda Roma; eso no es verdad..., esos son los peores católicos, los inquisidores, ¡los jesuitas!...¿Conoces a los jesuitas? ...Ellos no son otra cosa que el ejército de Roma para el futuro universal imperio terreno, con un emperador...el pontífice romano.”(Dostoyevski, 1991, a): 1077). Los jesuitas...Iván, al despedirse de Aliosha menciona al “catolicismo romano con sus ejércitos y sus jesuitas”, antes de decirle: “¡No pensarás tú que yo me voy a ir ahora allá con los jesuitas para sumarme a ellos, que han corregido las proezas de El!” (1079). No haría lo que el otro Iván, el príncipe Iván Gagarin. Ponerse al servicio del Anticristo.

El Anticristo en la cultura rusa

Cesare G. DeMichelis demostró en 1988 que en la tradición cultural rusa, desde la visita del jesuita Antonio Possevino, hasta los tiempos soviéticos, se identifica al

Adversario con la imagen del papa y de su representante y mejor soldado: el jesuita. A la hora de la Unión de Brest, a fines del siglo XVI, surge esa versión del papa-Anticristo que retoman a principios del siglo XX, personajes tan diferentes como Merejkovskii, Lunarcharskii, o Bujarin. El 7 de marzo de 1930, Nikolai Bujarin publicó en la *Pravda* un artículo: “Finansovii kapital v mantii papy”, o sea “El capital financiero debajo del manto del papa”. Según Stephen Cohen, este requisitorio histórico bien documentado contra los papas, la Inquisición y los jesuitas, desarrollaba una sutil analogía entre la obediencia absoluta impuesta por la Compañía de Jesús y el stalinismo. (DeMichelis, 1988: 304) O sea, Stalin como “papa-anticristo” y la OGPU como la orden jesuita... Alguna vez, alguien le había preguntado a Lenin si, al fundar el Partido, no se había inspirado de Ignacio de Loyola, y en 1920 Evguenii Zamiatin en su obra teatral *Ogni sviatogo Dominica (Los fuegos de Santo Domingo)* había evocado la Checa bajo la forma de los jesuitas.

DeMichelis señala como, en febrero de 1582, cuando el P. Possevino S. J. regresaba a Moscú, los mercaderes ingleses residentes en la ciudad entregaron al zar Iván un panfleto protestante sobre el “papa-anticristo”. Possevino cuenta (Meyer, 2003: 96) como ciertos comerciantes ingleses, “totalmente herejes”, habían sugerido al zar “maldades sobre el Pontífice Máximo” que tuvo que refutar durante su debate público con Iván el Terrible, en el Kremlin. Fue la Unión de Brest (1596), con la agravación consecuente del antagonismo entre las Iglesias y las eternas guerras entre Rusia y Polonia, que popularizó el tema del “papa-anticristo” y lo grabó con la ecuación católico-jesuita-polaco en las mentalidades, en el inconsciente colectivo ortodoxo y ruso (Meyer, 2006: 198-226).

Con toda razón DeMichelis puede afirmar que “este proceso complejo, a la vez histórico-político, histórico-militar y religioso-cultural, tiene una importancia decisiva en la evolución de la temática.” (DeMichelis, 1988: 308) Dicha temática no ha del todo desaparecido en 2013, por lo menos en ciertos círculos de la Iglesia Ortodoxa de Rusia. El grueso libro *La ortodoxia y el cristianismo occidental. Manual para los seminarios y escuelas conciliares*, publicado en 1995 por la Academia Religiosa Moscovita se hace el eco de la “maquinación jesuita”, latina y romana. La memoria ortodoxa, agraviada y dolorosa, no ha olvidado nada, ni el saco de Constantinopla en 1204, ni el Falso-Dimitri y sus jesuitas polacos, y se indigna al ver como los jesuitas polacos organizaron, después de la desaparición de la URSS, la provincia rusa de la Compañía de Jesús (Meyer, 2005:22). La Iglesia católica con sus jesuitas, por ser el histórico y más antiguo adversario, cristaliza en forma admirable, todas las angustias y fobias de la Iglesia Ortodoxa Rusa.

La “maquinación jesuita”

Antes de que apareciera el mito de los *Protocolos de los Sabios de Sion* que pretendían dominar al mundo, después del mito de los Templarios y de los rosacruces, pero antes del mito de la conspiración masónica, nació el mito incombustible del complot jesuítico. Desde los primeros días, en tiempos de su fundador, la Compañía de Jesús despertó sentimientos ambivalentes de admiración y odio, reverencia y aversión, a los cuales se mezclaron la malicia y la calumnia. Como botón de muestra está el famoso apócrifo, *Monita secreta Societatis Jesu*, publicado por primera vez en Cracovia en 1614, por un supuesto sacerdote de nombre Heronym Zahorowski. No tuvo mucha difusión en el siglo XVII, pero conoció ulteriormente una gran fortuna: traducido al español en 1712, al francés en 1719 como *Instructions secrètes*, al inglés en 1723, fue utilizado por el Parlamento francés en su ofensiva contra los jesuitas en la segunda

mitad del siglo XVIII, y también por los enciclopedistas. Publicado en España en 1881, ha sido reeditado en Oviedo en 2000 bajo el título *¡Pobres Jesuitas! Monita secreta o instrucciones reservadas al lector*. Por cierto, Yuri Samarin, en sus cartas contra los jesuitas, cita a las *Monita* (Samarin, 1866). El motivo oficial de su expulsión de Francia en 1762 es que constituyen un Estado en el Estado y bien podrían destruir la monarquía. En el artículo *Jesuitas* de la Enciclopedia, d'Alembert les atribuye todos y cada uno de los asesinatos e intentos de asesinato de reyes de Francia. Nicolas de Bonneville publica en Londres, en 1788, *Les Jésuites chassés de la Maçonnerie et leurs poignards brisés par les Maçons*; el autor señala que «hoy, como bien se sabe, hay jesuitas en Rusia, Suecia y Dinamarca».

En el siglo XIX coinciden curiosamente denuncias de derecha y de izquierda: así ciertos contrarrevolucionarios piensan que la revolución francesa es la obra del complot jesuita internacional; quieren destruir a los reyes y la sociedad para asegurar su poder. En la casa de enfrente, Jules Michelet y Edgar Quinet atribuyen, en 1843, la restauración de los Borbones en 1815 al complot jesuítico. Esos dos autores piensan que la Compañía que ha tendido sus redes sobre el mundo entero y que está al servicio de una autoridad supra nacional, el Papado, funciona como un verdadero ejército y le hace una guerra a muerte a la república y al progreso. La misma Monarquía de Julio combate a los jesuitas por su apoyo a los legitimistas. En 1844-1845, Eugenio Sue populariza el mito del complot aquel en su *Le Juif errant* (Leroy, 1992. Kreis, 2009).

La lógica de la teoría del complot es que encuentra un sentido a la Historia y, además sirve intereses políticos evidentes de movilización y radicalización del combate político. Hitler lo dijo sin tapujos en *Mein Kampf*: “El arte de sugerir al pueblo que los enemigos los más dispares pertenecen a la misma categoría es el hecho de un gran jefe”. En cuanto a Charles Maurras (1868-1952), el fundador de la *Action Française*, lanzó el mito del *Complot des Quatre Etats confédérés* (protestantes, masones, judíos y *métèques*), mito adoptado con entusiasmo por todos los que colaboraron con los nazis, en la Francia ocupada del mariscal Pétain.

Hoy en día, la red está saturada por textos que mantienen la mitología negra de la Compañía de Jesús. Como botón de muestra, están los textos del activísimo Eric Jon Phelps, norteamericano autor de *Vatican Assassins. The Diabolical History of the Society of Jesús*, libro enorme publicado a cuenta de autor en 2001 y 2004. Entre los crímenes que atribuye a los jesuitas se encuentra el asesinato del presidente Kennedy. Hoy en la red, afirma que el gobierno de Washington está controlado por ellos:

“Vean como el gobierno americano utiliza su poderío militar, político, financiero para mantener el poder temporal del Papa. No solamente en Haití – Aristide era un peón completo del Papa y de la Orden de los jesuitas-, en todas partes. Rusia es otro ejemplo... Israel también. Rothschild controla a los judíos, su familia tiene una alianza con el general de los jesuitas desde 1876... Así Roma controla al gobierno israelí. Lo controla a través del Mossad... Lo que no saben los musulmanes es que son utilizados por los jesuitas para reconstruir su propio templo en Jerusalén. Les gustaría tenerlo reconstruido para el Papa, para que pueda sentarse en el y ser el Anticristo del libro de Daniel, capítulo 9. Es lo que veo venir”. ¡Hasta los encuentra detrás del “nafragio del *Titanic*, con la creación de la White Star Line, JP Morgan y demás”. Y termina diciendo, como Dostoyevski y ciertos ortodoxos del siglo XXI, que los jesuitas son ateos (<http://www.theforbiddenknowledge.com/hardtruth/blackpope.htm>)

“Estos documentos nos explican lo que se esconde detrás de esta dominación mundial de los jesuitas, el porqué de tal maquinación bárbara y oculta por parte de los jesuitas que controlan la Masonería y que no reconocen más autoridad que

el Vaticano y el imperio de Roma y Jerusalén como gobierno mundial”. Así empieza un largo texto intitulado *L’Ordre des Jésuites. Illuminés! Star Wars pour le Reich. Le Pape qui est soumis à l’Ordre des Jésuites, un Ordre occulte qui siège au Vatican* (<http://secretebase.free.fr/complots/organisations/jesuites/jesuites.htm>). El lector descubre, entre otras maravillas, que Abraham Lincoln fue asesinado por los jesuitas, y también Malcolm X. quien luchaba contra el aliado de los jesuitas, Martín Lucifer King... “Desde 1868 ellos controlan los Estados Unidos”. Concluye con las *Monita secreta* de 1614. Se cierra el círculo.

En Rusia hoy

El jesuita Constantin Simon empieza su artículo “How Russians See Us: Jesuit-Russian Relations Then and Now” (1995: 343) con la anécdota siguiente encontrada en *Izvestia* del 26 de mayo de 1994: el periodista Alexei Chelnokov se topa con jóvenes neonazis moscovitas y los entrevista; para que entienda bien sus actividades, uno de ellos le explica: “No somos un partido político. Más bien somos una antigua orden religiosa jesuita.” Tal cual. Precisamente en estos años la Iglesia Ortodoxa de Rusia se quejaba del “proselitismo” realizado por los “misioneros” católicos en general y por los jesuitas en particular. La cultura soviética no había mejorado para nada la idea que los rusos podían tener de los jesuitas, si uno recurre a la definición de la palabra “jesuita” ofrecida por el muy oficial diccionario de la Academia Soviética de Ciencias, *Slovar sovremennogo russkogo iazika*: “un miembro de una orden religiosa católica, una organización eclesiástica militante, sirviendo de baluarte al papa y a la reacción”. El artículo cita a Herzen: “...de los jesuitas, estos siniestros monjes-soldados, guardianes de la frontera entre el papismo y la Reforma”. Las definiciones, en el mismo diccionario, de “jesuitismo”, “jesuítico” y otros derivados no difieren de las correspondientes en un diccionario francés o español: “hipocresía, doblez, astucia, traicionero”. El historiador soviético D.E. Mijnevich, en su libro *Ocherki iz istorii katolicheskoi reaksii (iyezuity), Preciso de historia de la reacción católica (jesuita)*, define desde la primera página a la Compañía de Jesús como “el baluarte de la más negra reacción, del oscurantismo más inveterado, de la inmoralidad más sucia.”

Pero para aquellos jóvenes neonazis, los jesuitas eran una organización secreta e internacional de conspiradores militantes y agresivos, unos caballeros Templarios, unos caballeros teutónicos, monjes-soldados para los cuales todos los medios son buenos, sin excluir la violencia. Constantin Simon los da en ejemplo de lo que comúnmente se puede imaginar cuando se trata de los jesuitas.

En efecto, he encontrado en *Ogoniok* y en *Komsomolskaya Pravda*, entre 1992 y 1995 predicciones alarmistas tan pronto como llegó las noticias que jesuitas polacos desembarcaban en Moscú: ¡dos jesuitas! Fue suficiente para que se anticipara que pronto una red de colegios jesuitas iba a cubrir Rusia, ofreciendo además de una escolaridad gratuita, desayuno y comida. Una periodista, presumiendo haber realizado trabajo de archivo, anunció que por la quinta vez en la historia la Sociedad estaba a punto de conquistar el sistema educativo ruso. En 1994 el obispo de Magadan denunciaba la presencia de seis cientos jesuitas, repartidos en toda la Federación de Rusia: eran en aquel entonces menos de treinta.

“Por la quinta vez”...No sé si Svetlana Kirillova empezaba su conteo a partir del P. Antonio Possevino S.J., pero la memoria amarga del clero ortodoxo tiene registrado cada uno de los desencuentros, para no decir más, entre la “latinidad” y la ortodoxia. Para el sólo siglo XX: “La conversión prometida, que tanto anhelamos, de esa Rusia a la

que Nuestra Señora ha tomado a su cargo”, según lo anunciado en Fátima en 1917 (Sáenz, 2001: 536); conversión que con la caída del zar pareció muy próxima para ciertos dirigentes católicos, ilusionados con la idea de que un concordato podía ser negociado con los bolcheviques. Entraron en escena dos jesuitas, el estadounidense Edmund A. Walsh, miembro de la *American Relief Administration* y director de la misión vaticana, misiones que combatían la hambruna en la URSS, en 1922-1923, y el francés Michel d’Herbigny, jesuita de todas las confianzas del papa Pío XI. Especialista de las relaciones entre la Iglesia católica y la ortodoxa, el obispo d’Herbigny manifestó una soberana torpeza, típicamente europea y romana, que llevó la empresa al desastre. Subestimó trágicamente, durante varios años, la hostilidad del régimen contra la religión en general y creyó que la ruina de la Iglesia ortodoxa abría las puertas a su Iglesia. En 1926 había mandado dos jesuitas para abrir un seminario en Odessa. Luego los obispos que consagró fueron arrestados y en 1929 comprendió su error. Sus labores dejaron a los ortodoxos la convicción de que Roma había intentado de manera maquiavélica tomar el lugar de la Iglesia ortodoxa, precisamente cuando Lenin, luego Stalin la estaban destruyendo de diversas maneras (Gallagher, 1962: 66. Codevilla, : 321-349. Meyer, 2006: 333-347).

Todo esto dejó un pesado contencioso con la Iglesia ortodoxa de Rusia, que ni el Concilio de Vaticano II, ni la famosa *Ostpolitik* de Pablo VI lograron liquidar. Después de la segunda guerra mundial la *Revista del Patriarcado de Moscú*, *Pravda*, *Literaturnaya Gazeta* y demás diarios y revistas soviéticas siguieron su doble línea política y religiosa, denunciando la política del Vaticano como una “traición permanente de los principios del cristianismo” y como una empresa “colonialista”. Así en el número de noviembre de 1960, la revista del Patriarcado publicó un largo artículo de A.F. Shishkin sobre “El Vaticano y su lucha por la paz, la amistad entre los pueblos”. Según Shishkin,

“la historia de la iglesia romana manifiesta la carencia de los intentos del Vaticano por justificar la actividad no eclesiástica de la Curia romana por motivos de orden religioso y moral... El catolicismo político no pone en práctica la enseñanza cristiana del amor a la paz y al prójimo... La actividad política del Vaticano en los últimos cincuenta años sirve intereses no eclesiásticos”. Más adelante expone que esa enfermedad sigue royendo los papas, los cardenales y “el cuerpo de la Iglesia católica romana. Se manifiesta con la primera y la segunda guerra mundial y en su apoyo a la “guerra fría”. Concluye que “con la bendición del papa Juan XXIII la prensa católica no cesa en su lucha sistemática contra los movimientos de liberación de los pueblos coloniales y la idea de coexistencia pacífica”.

El “colonialismo” del Vaticano era uno de los temas preferidos de la propaganda soviética que denunciaba las actividades de los “misioneros” católicos y en especial de los jesuitas. *Literaturnaya Gazeta* de enero de 1961 dice, a propósito de los jesuitas, que “la rapacidad gana a la Iglesia católica. Sus políticos en sotana se lanzan en las aventuras más arriesgadas y desesperadas. Cuando el colonialismo vive sus últimos días, cuando nada puede salvar al orden antiguo, blandiendo la cruz, ellos llaman sus antiguos esclavos a obedecer”. No hay diferencia entre la prensa ortodoxa y la comunista.

En 1962, el historiador L. Vyshnevskii escribe en su libro *La Unión de Florencia y el destino histórico de Rusia* un párrafo que se llama “De los planes antirrusos del Vaticano y de sus fieles sirvientes, los Jesuitas” (Beshoner, 2002: 15). El mismo afirma, en 1973, que “los Jesuitas querían una Rusia gobernada por el Papa romano y los Jesuitas... La sangre de Pushkin, evidentemente, está sobre la sotana negra

del jesuita Gagarin”(Beshoner, 2002: 17). En 1985 todavía, la *Pravda* llama a intensificar la propaganda atea y el 24 de noviembre de 1986, Mijaíl Gorbachov afirma en Tashkent que hay que luchar con resolución contra la religión. La ortodoxia siendo el mal menor, frente a un catolicismo que conspira con los enemigos de la URSS. El líder de la *perestroika* cambia luego de parecer, puesto que en 1988, con motivo del milenario del cristianismo eslavo, reconoce “los errores cometidos en el pasado por los dirigentes soviéticos para con la iglesia” y anuncia una ley sobre la libertad de conciencia. El 1 de diciembre de 1989, Juan Pablo II recibe un Gorbachov que, el 5 de julio en París, anunciaba que había sido bautizado...

En 1991 Roma procede a la reorganización de la Iglesia católica de rito latino en las repúblicas de Bielorrusia, Rusia y Kazajstán que alojan comunidades católicas de origen polaca y alemana. El 14 de mayo, en Fátima, Juan Pablo II agradece a la Virgen “haber guiado los pueblos del Este hacia la libertad”. Roma instituye la arquidiócesis de Minsk y Mogilev y cinco administraciones apostólicas, destinadas a devenir diócesis, entre las cuales la de Moscú, algo que no podía ser del agrado de la Iglesia Ortodoxa. Menos aún si uno piensa que se mandó a Moscú, monseñor Tadeusz Kondrusiewicz, un polaco de 76 años, nacido en Estonia, o en Bielorrusia. Las nuevas circunscripciones eclesiásticas de Siberia y Kazajstán deben, ciertamente, atender a los católicos polacos, baltos, ucranianos, bielorrusos y alemanes deportados por Stalin y sucesores, sin hacer proselitismo entre los ortodoxos. Pero el patriarca Alexei sospecha y denuncia el “proselitismo”, consecuencia lógica de estas “estructuras misioneras paralelas... La ortodoxia ha sido prácticamente eliminada de la Ucrania occidental” (citado por Trassati, 1995: 386). Nada para facilitar el dialogo entre las Iglesias, mucho para recalentar el fantasma del complot jesuita.

La apertura, en 1991, de la Academia de teología católica Tomás de Aquino en Moscú, con varias extensiones en toda Rusia y la presencia mayoritaria de jesuitas contribuye a la sospecha; los jesuitas abren un seminario en San Petersburgo, con los P. P. Bernardo Antonini y Jean- Marie Glorieux, en 1993; desarrollan centros de enseñanza en varias ciudades de la Rusia europea, y un grupo de jóvenes jesuitas rusas se activa en Siberia: desarrollan contactos con las universidades de Novossibirsk. En esta ciudad cuyo obispo católico es un jesuita, abren un seminario... En 1992, la Compañía de Jesús es la primera orden religiosa católica en recibir la legalización oficial, con todo y personalidad jurídica. Por más prudentes que sean los jesuitas, no pueden rechazar las personas que quieren entrar en la Iglesia católica. No que sean muy numerosas, pero es suficiente para fundamentar la acusación de “proselitismo” y los viejos reflejos siguen vivos; poco después de la legalización de la Compañía, *Literaturnaya Gazeta* publicó estos versos: “Despreciando la cultura y la ciencia / inspirando el odio y el miedo / los jesuitas calientan sus manos / a las hogueras de sus presas” (Simon, 1995: 355).

Por eso los arciprestes Arkadi Shatov, Alexander Shargunov, Valentín Asmus, el monje Kirill (Sajarov) y otros eclesiásticos mandan una carta al Patriarca Alexei II, en 1995, alertando sobre la expansión de la Iglesia católica romana en Ucrania, Bielorrusia y Serbia. Dicen que en Rusia la penetración ocurre de manera más taimada, pero es preocupante la cooperación entre “algunos religiosos y no religiosos y aquellas estructuras que se dedican a hacer labor proselitista en Rusia”. Denuncian la actividad de propaganda escrita y radial de los católicos y, en especial, de los jesuitas.

“Se les oye defender las fatales creencias católicas, hacen apología de los santos latinos”. Han contagiado sacerdotes ortodoxos como aquel que dijo en un programa de radio: “En cuanto a los católicos, les diré con franqueza que para mí son tan ortodoxos como aquellos que se llaman ortodoxos... Se tiene la

impresión de que el Vaticano ha formado dentro de la Iglesia Ortodoxa de Rusia un grupo de religiosos que le son fieles y que sirven a la causa escandalosa de la reunificación... La actividad de estos sacerdotes representan una grave amenaza a la existencia de la Iglesia ortodoxa. Pedimos a Vuestra Santidad tomar medidas contra la penetración del catolicismo jesuita en nuestra Santa Iglesia” (*Russkaya Mysl*, nº 5106, 21- 27 diciembre 1995, “Sobre una carta enviada a Alexei II...).

En cuanto al patriarca, suspendió un tiempo, en el mismo año de 1995, la comunión con Bartolomeo de Constantinopla, acusado de latinizar y de ser papista. Era la consecuencia de los esfuerzos del papa polaco, Juan Pablo II por acercarse a la Ortodoxia. Karol Woytila y Lech Walesa, dos polacos, eran, se decía, responsables de la destrucción de la URSS, los dignos herederos de Segismundo III y el Falso Dimitri, a principios del siglo XVII. Woytila, sirviente del Vaticano, era un “rey jesuita”, como el Falso Dimitri... y el papa que había alentado *Solidarnosc* mandaba ¡jesuitas a Moscú!

El principal problema entre Roma y Moscú consiste en la imposibilidad mental, para la Iglesia ortodoxa, como institución de reconocer el derecho de los católicos a ejercer su ministerio en Rusia, y el derecho de los rusos a “latinizar”. Por eso ha presionado al gobierno ruso y a la Duma, en tiempos de Boris Yeltsin, para revisar una ley de libertad de conciencia considerada como demasiado liberal, en cuanto a los “romanos” y a los protestantes. Con la llegada a la presidencia de Vladimir Putin, las presiones dejaron de ser necesarias. El 9 de septiembre 2000, el presidente aprobó la nueva Doctrina de Seguridad Informativa de la Federación de Rusia. El punto III señala como amenaza a la seguridad y a los “otros intereses de la federación de Rusia, la expansión económica, demográfica y religioso- cultural de los Estados limítrofes”. El punto IV dice que le toca al Estado proteger la seguridad nacional, lo que incluye “la defensa de la herencia cultural, moral, espiritual y de las tradiciones históricas”. El punto VI confía al Estado “la contraposición a la influencia negativa de las organizaciones religiosas y de los misioneros extranjeros”(Codevilla, 2011: 595).

Ejerciendo su función de defensor de la ortodoxia, el Estado expulsó de Rusia, el 19 de abril de 2002, al obispo católico (polaco), Yierzhy Mazur, obispo de Irkutsk en Siberia. Poco antes, la Duma había pedido a la Secretaría de Relaciones de “dejar de otorgar visas a los representantes del Vaticano...que violan las libertades religiosas del pueblo ruso al practicar su proselitismo...cometen una agresión espiritual.” La moción fue votada por el 66% de los diputados. La mayoría de las 200 (algunas fuentes dicen 300) parroquias católicas no eran realmente nuevas, sino resucitadas, pero el hecho de que solo el 15% de los sacerdotes fueran rusos explica la sensación de “agresión” e “invasión”, especialmente cuando se trata de polacos y jesuitas. La elección de un jesuita como papa, a principios de 2013, se presta a soberbios delirios sobre la eterna actualidad de la “maquinación jesuita”.

En conclusión, la realidad histórica de los “reyes jesuitas” y polacos, en Rusia durante el Tiempo de los Disturbios, engendró el mito incombustible del complot jesuita contra Rusia y su Ortodoxia: perdura hasta la fecha. Bien dijo Sigmund Freud que la razón no puede nada contra las psicosis colectivas. Estamos en presencia de una reivindicación polémica de una memoria dolorosa que no pasa. Por lo tanto es inseparable de la teoría explicativa de la “maquinación”; no nos habla de historia, sino de mitos ligados a la identidad. Hoy en día, la identidad nacional rusa, por lo menos la que buscan juntos el Estado y la Iglesia ortodoxa, sigue frágil. Explican esa fragilidad por la amenaza jesuita que busca desde siempre la “conversión a Roma”. El análisis de la teoría del complot manifiesta que la cuestión de fondo es la relación entre el Estado, la sociedad y la nación.

Bibliografía citada

- Beshoner, Jeffrey Bruce (2002) *Ivan Sergeevich Gagarin. The Search for Orthodox and Catholic Union*, Notre Dame, University Press.
- Codevilla, Giovanni (1998) *Stato e Chiesa nella Federazione russa. La nuova normativa nella Russia postcomunista*, Milano, la Casa di Matriona
- Idem(2011) *Chiesa e Impero in Russia. Dalla Rus di Kiev alla Federazione Russa*, Lucca, Jaca Book
- Cubit, Geoffrey (1993) *The Jesuit Myth: Conspiracy Theory and Politics in XIXth Century France*, Oxford, Clarendon Press
- DeMichelis, Cesare G. (1988) “L’Antéchrist dans la culture russe », *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XXIX (3- 4), juillet- décembre 1966 : 303- 315.
- Dirscherl S.J., Denis (1986) *Dostoevski and the Catholic Church*, Loyola University Press.
- Dostoevski, Fedor (1991 a) *Obras Completas, tomo III, Los hermanos Karamazov*, Madrid, Aguilar
- Id(1991 b) tomo IV de las *Obras Completas. Diario de un escritor*
- Idem (1996) *El idiota*, Madrid, Alianza Editorial.
- Föllüp- Miller, René (1950) *Fyodor Dostoevski. Insight, Faith and Prophecy*, New York, Scribner.
- Gagarine, Ivan (2010) *Journal, 1833-1842*, Paris, Desclée de Brouwer
- Gallagher S.J, Louis (1962) *Edmund Walsh S.J. A Biography*, New York, Benzinger Br. Inc.
- Karatheodores, Stephanos (1859) *Orthodoxie et Papisme. Examen de l’ ouvrage du Père Gagarine par un grec membre de l’ Eglise d’Orient*, Paris.
- Khomiakov, A. S. (1872) *L’Eglise latine et le Protestantisme au point de vue de l’ Eglise d’Orient*, Lausanne, Benda.
- Kreis, Emmanuel (2009) *Les puissances de l’ombre. Juifs, Jésuites, Francs maçons, réactionnaires. La théorie du complot dans les textes*, Paris, CNRS.
- Leroy, Michel (1992) *Le mythe jésuite de Michelet à Béranger*, Paris, PUF.
- Mailleux, P. S.J (1966) *Entre Rome et Moscou. L’exarque Léonide Féodoroff*, Bruges, Desclée de Brouwer.
- Meyer, Jean (2003) *El papa de Ivan el Terrible 1581- 1582*, México, Fondo de cultura Económica.
- Idem (2005) *Roma y Moscú, 1988- 2004*, México, CIDE.
- Idem (2006) *La gran controversia. Las iglesias católica y ortodoxas de los orígenes a nuestros días*, México, Tusquets.
- Nivat, Georges (2009) *Le phénomène Soljenitsyne*, Paris, Fayard.
- Pierling, Paul S.J (1996) *Le prince Gagarine et ses amis*, Paris, Beauchesne
- Sáenz, Alfredo S.J (2001) *Rusia y su misión en la historia, tomo II la experiencia soviética y la supervivencia de la vocación de Rusia*, Guadalajara, APC
- Samarin, Yuri (1866) *Iezuity i ikh otnosheniie k Rossii. Pisma k iezuitii Martynovu*, Moscú
- Idem (1867) *Les Jésuites et leurs rapports avec la Russie*, Paris, Cherbuliez
- Simon, Constantin S.J (1995) « How Russians See Us : Jesuit Russian Relations Then and Now », *Religion, State and Society*, 23- 4 (1995): 343- 358
- Suchanek, Lucjan (1988) “Les catholiques russes et les pro-catholiques en Russie dans la première moitié du XIXe siècle », *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, juillet-décembre : 361-374.

Tondini de Quarenghi, C. (1897) *La Russie et l'union des Eglises*, Paris, Lethielleux.
Trasati, Sergio (1995) *Vatican- Kremlin. Les secrets d'un face à face*, Paris, Payot.
Wilbois, J. (1907) *L'avenir de l'Eglise russe*, Paris, Bloud.